

ISRAEL GALVÁN

GATOMAQUIA

AVEC
LA FAMILLE ROMANÈS

GATOMAQUIA, o Israel Galván bailando para cuatro gatos

Pureza: es lo que a menudo muestra la belleza de una idea. Una línea recta, un razonamiento claro y lo que al principio parecía complicado o extraño se vuelve obvio. Israel Galván fue a la carpa del circo gitano Romanès para crear allí un solo, como un pianista que intenta tocar un piano desconocido.

¿Intuición? ¿Entusiasmo por el encuentro? Encontró mucho más de lo esperado. La inusual asociación se volvió natural, y el circo del azar resultó ser, a su manera, un terreno familiar. Las profundas raíces del gitano internacional se extienden más allá de las épocas y las fronteras, y, en este bastión gitano parisino, el gitano Galván se ha dado cuenta de que ya no estaba solo. Así que sumó a su fiel compañero, el amigo Caracafé y a su hermana Pastora Galván, e imaginó un espectáculo en colaboración con el clan Romanès, integrando fluidamente a su comunidad en su soledad.

En este nuevo hábitat improvisado, también invitó a viejos conocidos: la mecedora de *Arena*, el suelo "terremoto" de *El Final de este estado de cosas*, el interior del piano colocado en el suelo de *La Fiesta*... Un viejo mundo para componer uno nuevo, convertirlo en varios números, donde bromear de todas las tragedias, burlarse del virtuosismo como lo imposible, y tratar, como en familia, de las hazañas más improbables: detener molinos o torear a los gatos.

Lola Gruber

Gatomaquia, de Lucas Ariza Parrado

La palabra se puede romper fácilmente en dos: *gato* y *maquia*. El *gato* es ese felino salvaje que decidió quedarse en casa. Amo y señor de todas las horas que pasan -dicen que es el gato el que escoge a su dueño-. El sufijo *-maquia* viene del griego (*machia*) y nos habla de una lucha, un duelo, una acción que atañe a dos contendientes.

Los gatos viejos del Circo Gitano Romanes de París escogieron a Israel Galván para esta batalla que acontece bajo una carpa coloreada. Unos se mueven, envueltos en un pelaje manchado o liso, con cadencia única y ritmada. Otros se retuercen como contorsionistas entrenados en el arte del sueño. Muchos arquean su lomo haciendo del movimiento de sus cuerpos el más claro de los signos de defensa. Algunos pocos mueven sus mandíbulas golpeándolas entre sí, sonando, mientras miran sin distracción un deseo inalcanzable.

En la pista y sin engaños unos y otros se tocan y también toman distancia. En esa disputa, mientras se miran a los ojos, uno se reconoce diferente a los otros. Hasta que eso no ocurre, todos comparten elegancia, precisión, equilibrio y maneras. Pero una vez esa distancia aparece, solo uno puede bailar y hacer sonar su cuerpo a su antojo, contra todo lo que encuentra. Y así caminar a compás reconociéndose en un mundo desarmable y móvil. Y chocar contra metal oxidado que guarda ecos pasados. Y apretar arena fría con un taconeo medido que pesa. Y también arriesgar, como es costumbre, al moverse sobre una sogá blanca que vibra a su paso como si fuera un instrumento único.

La carpa del circo es entonces más París que la torre. El sonido permanece y se mueve entre bigotes y colas enderezadas haciendo del aire lo máspreciado para quienes son libres y no dejan de caminar cantando.

El circo siempre hace posible lo diferente. Lo imaginado y lo real bajo el mismo techo de lona, construyen todo aquello que no cumple con lo que es normal. El baile de Israel Galván entiende de eso, sabe lo que es. Es circo gitano y flamenco que disfruta de tender cuerdas y redes que amarran y tensan todo eso que somos -y lo que no también- con el centro de la tierra, aun sabiendo que mañana se tendrán que soltar, para volver a deambular y clavar hondos los palos que fundan ciudades olvidadas y tiempos siempre presentes.

El Circo Gitano Romanes de París nunca estuvo más en el aire que esta noche, en la que bailan gatos resabiados y hace música el cuerpo de Israel Galván.

Lucas Ariza Parrado

La danza vendrá, siempre está viniendo, de Pedro G. Romero

El público de un artista no vive en su mismo tiempo. El público es siempre una construcción del futuro. El público del artista verdadero, el artista que Kafka describía en sus minuciosos cuentos de ratones, arañas y cucarachas, el público del equilibrista es siempre un público que vendrá, que no existe. Israel Galván siempre ha bailado para un público que llegaría, era inminente, un público que todavía no lo entendía pero que ya, en ese mirarlo proceder, lo comprende.

Ese gesto o conjunto de gestos que llamamos coreografía, el hacer propio de Galván, tienen en sus Solo el mayor tiento en buscar a ese público que un día vendrá. Cuando Galván abarrota los teatros, como ahora ocurre, los espectadores, al acabar la sesión, entonces, están ya preparados para empezar a verla otra vez, deseosos de repetir pues, piensan, ya tienen experiencias y rasgos suficientes para poder disfrutar y comprender más y mejor su baile, pero, claro, en la sesión siguiente algo cambia y la expectativa se repite. La danza vendrá, siempre está viniendo.

Esa cualidad, propia del Solo de Galván, el tiento como ensayo, tentativa, pero también como la ralentización del tanguillo, de la habanera y del tango, que el palo flamenco del mismo nombre, "tiento", exige, esa cualidad, hay que decirlo, es condición sine qua non del solitario. Israel Galván lo aprendió en su propia vida, pero lo leyó expresamente retratado en *El bailaor de soledades*, el libro que le dedicó Georges Didi-Huberman. Convencido ya de esa condición, va Israel y se encuentra con cuatro gatos. Es un decir, como el dicho popular español, cuando uno baila para unos pocos, para sí mismo.

En su visita a la carpa circense de la familia Romanès, esos gatos gitanos -entendamos aquí gitano como una acepción adjetiva no sustantiva, casi como una condición política del gato y no racial o cultural- parecían exigirle a Galván su baile, su porción de baile. Andaban por allí, más o menos libres, perezosos, independiente, unos se paraban, otros dormitaban, lamian el plato de leche unos pocos, pero todos estaban expectantes, a la espera de que Galván iniciara su baile. De hecho, cuando no sonaban sus pies, aunque fueran sus pies andando, el gatuperio levantaba el tono de sus aullidos, así, como exigiendo el despliegue coreográfico del bailaor de flamenco.

Pensemos en ese momento político casi, los autónomos e independientes felinos unidos en causa común: la exigencia del baile, la urgencia de los saltos y las carreras, darse una vuelta por el suelo. Galván recordó la frase de Luis Miguel Dominguín para la película *Los ángeles exterminados* que filmaron Michel Mitraní y José Bergamín: "*El público es la muerte*". ¡Ah!, pero no, ¡claro que no!, si el público son cuatro gatos.

Lo más interesante de La Gatomaquia de Lope de Vega, un clásico del teatro español del siglo XVII, no está solo en la brillantez del verso, la música de cada frase o el ingenio de lo que allí se dice o maúlla. La parodia de la Batracomiomaquia, la batalla de ranas y ratones de un Homero anónimo griego, valga la redundancia, o de piezas contemporáneas de Lope, la Loa de la pulga, La Mosquea o la impropia La Gaticida, no está sólo en la burla de la épica, la crítica a las obras canónicas y a los grandes relatos de la historia. No era solamente eso, herramienta maravillosa esa de convertir a Aquiles en gato y a Elena de Troya en gata, no, no solamente es reírse de los clásicos. Se trata más bien de refutar la historia con sus mismas herramientas, grandilocuentes, trabajadoras, embarazosas. No de dar una historia alternativa más veraz o verdadera, más bien poner en cuestión el motor legitimador y sancionador de la propia historia.

Cuando Galván piensa en que su público verdadero son esos gatos del Circo Romanès, cuando se permite invitar al escenario a esta gatuna gente y darles su sitio y su lugar, entonces, Galván, no solo nos invita a hacer unas risas; no solo pone nuestra condición zoológica en el centro del escenario, declara nuestra igualdad con el reino animal -¡ni tan siquiera somos animales superiores con la capacidad de emancipar a nuestros desvalidos hermanos menores!-; no solo se identifica con las cualidades solitarias que hemos atribuido al gato; no solo invita a la gente a ser gatos, gatos del futuro, pero gatos al fin y al cabo; no solo baila como un gato y hace de su guerra la misma coreografía; no solo eso. Véanlo, lo que ahí sucede. No solo él sólo. Israel Galván y los gatos.

Pedro G. Romero



GATOMAQUIA, o Isrel Galván bailando para cuatro gatos

SINOPSIS

Israel Galván y el circo gitano Romanès de París tienen mucho en común: un sentido de celebración, hospitalidad y autocrítica.

Cuando Galván crea un solo en el circo Romanès, no baila completamente solo. Además de su brillante e histórico compañero, el guitarrista Caracafé, y de su hermana Pastora Galván, toda la familia Romanès baila y canta con él, mientras los números de circo se suceden y los gatos deambulan, observan, desafían o ignoran.

En esta familia reconstruida espontáneamente, en esta calidez cómplice, Galván sobresale con sencillez, encaramado en calcetines o tacones japoneses. En el metal o en la madera, juega, golpea, golpea o agarra, resuena, y luego suspende el silencio.

CRÉDITOS

- **Estreno:** Carpa del Cirque tzigane Romanès, París
Théâtre de la Ville Hors-Les-Murs | 12 septiembre 2018

- **Duración:** 65 minutos
- **Idea, coreografía:** Israel Galván
- **Baile:** Israel Galván, Pastora Galván
- **Guitarra:** Emilio Caracafé
- **Circo Romanès:**
 - **Canto:** Delia Romanès
 - **Poeta:** Alexandre Romanès
 - **Telas aéreas y trapecio:** Alexandra Romanès
 - **Danza:** Alin Romanès
 - **Hola-hoop:** Irina Romanès
 - **Malabares:** Sorin Romanès
 - **Técnico:** Dorin
- **Dirección técnica y escenografía:** Pablo Pujol
- **Diseño luces:** Rubén Camacho
- **Diseño sonido:** Pedro León
- **Asistente Dirección y Regiduría:** Balbi Parra
- **Management:** Marcos Avilés
- **Productora Delegada:** Carole Fierz
- **Coproducción:** Israel Galván Company, Théâtre de la Ville, Kali Productions, EDM PRODUCTIONS

